



Edmundo d' Amicis:

El asilo

Frontera del silencio

*Al margen de los días, solitario
de abores tan nocturnos,
desviste el hombre y cumple su pálida condena.
Un río va mojando
su nombre, y una sombra de otro tiempo
ilumina la sed enamorada
quebebleran los labios,
una voz delirante le golpea
el corazón cansado y un adiós
se escribe en el umbral
antiguo de su lengua.
Afila el hombre
la memoria, el enigma
de ser
olvidada la palabra, interminable
pregunta que el destino no contesta.
Siente los ojos fríos, esquiva la mirada
entre las cuatro esquinas que atraviesan
una y otra estación
el silente conjuro de la vida.*

*Lo que un día fue verbo es abismo, ceguera
de un paisaje finito, gesto tenue
que anhela el paraíso que se acuesta en sus párpados.
Oculto en su guardia, con los dedos
vencidos por la nada, aguarda el hombre
un reflejo fugaz, un espejismo
del color de las almas, un lugar
donde hacer del sosiego
cántico que seduza para siempre las letras de su sangre.
No cede la esperanza de abrir de par en par
las puertas de su celda más sombra:
de conjugar despacio*

*el secreto misterioso de su grito imposible,
de recorrer las tierras y las aguas
que una vez fueron suyas.
Y sabe el hombre que la soledad
es tan sólo una tregua.
un incierto camino, un instante futuro,
una lluvia tenaz que se vuelve clamor
al hilo del recuerdo. Allí, frente a los límites
que sellan sus errores, va trazando
con las manos colmadas
de duelos y de ausencias- el perfil
de su quimera.*

Más se tornan silencio sus latidos.

Y aún después, intenta el hombre
saber del inasible
eco de su penumbra, de sus silabas,
del milagro desierto de su boca.

Jorge de Arco. (1967 - Madrid). Con su poema Frontera del Silencio, ha ganado el certamen internacional Villa de Aoiz, convocado por el Grupo de Cultura Bilaketa.



Martes, 4

Según me habría prometido, mi madre me llevó ayer por la tarde al asilo infantil de la avenida Valdocco, para recomendar a la directora una hermanita menor de Precusa. Yo no había visto nunca un asilo y esa visita fue para mí muy divertida.

Entre niños y niñas eran unos doscientos, pero tan pequeñitos que nuestros chiquitines de primer grado inferior habrían resultado hombretones a su lado. Llegamos en el momento preciso en que entraban en fila en el comedor, en el que había dos larguísimas mesas con muchos agujeros redondos y encajados en cada uno un tazón de barro oscuro, lleno de arroz y porotos; al lado una cuchara de estaño. Al entrar, algunos se caían, y allí se quedaban tendidos hasta que alguna maestra acudía a levantarlos. Algunos se quedaban plantados frente a un tazón, creyendo que aquél fuese su puesto, y, por si acaso, rápidamente engullían una cucharada; llegaba una maestra que les gritaba: "Sigan, sigan...", y ellos seguían tres o cuatro pasos, y, ¡zas!, otra cucharada; de nuevo se escuchaba la voz de "sigan", y seguían hasta que llegaban al lugar que les estaba señalado, pero después de haberse comido una media ración, o algo más, de los otros.

Por fin, a fuerza de llevarlos a remolque, de gritarles en todos los tonos: "Arréglense; apúrense", lograron ponerlos en orden y comenzaron las plegarias. Pero los que estaban en las dos filas centrales y que para

rezar tenían que volver la cabeza hacia adentro, vista y evitar que alguno rezaban, con las manos juntas con el corazón en el

Una vez terminado el rezo, qué espectáculo divertido: cucharas; otro se llevaba manos; muchos agarraban una y se las guardaban; cambio, se las echaban; machacaban para hacerse quedaban sin comer algunos, con la boca llena; alrededor una abundante cia un gallinero; pero era

Las dos filas de niñas, detrás con monitos rojos, un bonito aspecto.

Una maestra preguntó: -¿Dónde nace el arroz? Las ocho abrieron sus cantando a coro:

-El arroz nace en el agua.
La maestra ordenó:
-¡Arriba las manos!

Y fue un gracioso espectáculo aquellos bracitos, que ponían entre los pañales, y agitaban pequeñitas, que parecían casas y rosadas.

Después salieron al recreo, cestitas que contenían y estaban colgadas de la puerta, cual corrió por su lado, sosteniendo una cestita: pan, ciruelas cocidas, pedacito de queso, garbanzo o un ala de pollo. En cubierto de migajitas y como si se hubieran esparcido de pájaros. Comían como los conejos, como royendo, lamiendo, chupando, apoyado en el pecho, un níspero frotaba en la espalda; varias niñas tenían guardadas en sus puños dedos deslizadas entre los muñecas y se iba a perder sus dientes, sin que se dieran cuenta. Corrían y se perseguían, se tiraban pan entre los dientes, que con un palito estaban cocidos, creyendo que iban así fueron desparatados, pero después los reconocieron admirables paciencia, porque tenían algo especial, veían rodeados por ochos